

Neurosis obsesiva:
compulsión y Feminidad
CDP. IV: Compulsión II

CRISCAUT y OTROS (1997)

CRISCAUT - Robistein - Vitale

Verpato = Clínica de la (r) sebe' na

ej. 3.1.1. real → fin
S.1.1.1. → compulsión



del deseo del Otro, encarnado en una mujer. Veremos entonces, que dicho acontecimiento permite verificar, retroactivamente, hasta qué punto esas mujeres sostenían, para ellos, un Otro sin barrar.

En tanto los recortes de material, destacan especialmente este momento del tratamiento y el período posterior, nos permitirán constatar cómo se presentan las variantes fantasmáticas de solución a la cuestión del deseo, según los niveles dos y cuatro.

ej. 3.1.1. Towan → delatimolol obsesiva
sen 5 - reducción elevando
la libido 3

CASOS

Caso I: Vivir en el Faro

El paciente consulta para solicitar medicación. Se queja de un estado que él llama "melancólico", se siente vacío, "descebrebrado", sin ganas de nada. El fin de semana en su casa se le hace insoportablemente tedioso; allí nada le interesa. Se mete en la cama, duerme, está de mal humor. Espera el lunes.

Sin que sea un motivo de consulta comenta varias ideas obsesivas vinculadas a temores: "Si mi hijo se va a casa de un amigo... temo que se incendie la casa"; "si mi hija saca a pasear el perro... temo que la violen"; "si tomo jugo de naranja... me va a traer mala suerte"; "si uso mucho el mismo reloj... algo grave va a pasar." Nunca viajó en subte y evita los colectivos. Por cábala, usa el mismo cepillo de dientes durante muchos meses.

Hasta la pubertad, su casa era un lugar dominado por el orden de la abuela paterna quien cerraba las puertas al atardecer y no le permitía frecuentar a sus amigos. En la adolescencia dejó de estudiar, pues no se concentraba y le iba mal. Y, ya viviendo solo en un departamento, se dedicó a hacer únicamente lo que le gustaba. Era la envidia de todos sus amigos. Durante casi veinte años fue todos los días al cine, coleccionaba discos, revistas, autos viejos que reparaba, era un lector incansable.

A su departamento lo llamaban "El Faro", pues "nunca se apagaba la luz". Siempre tuvo muchas mujeres. Comenta que

cuando en una época fue a sesiones grupales de terapia contaba de manera provocadora: "hoy me acosté con cuatro chicas distintas, y cuando llegué a casa me masturbé."

Este es su estilo: impactar a todos. Logra el efecto buscado apelando a su locuacidad, rapidez mental, cierto desparpajo y abundante dinero. Tiene una cuota de satisfacción en sorprender, escandalizar y conquistar a las mujeres, y también rivalizar con los hombres. Hacía de eso un continuo, sin detenerse. Cuando una mujer llegaba a enamorarse de él y él de ella, rápidamente tendía a cortar el vínculo.

Sus relaciones sexuales estaban precedidas por un insistente período de seducción hasta vencer las resistencias de la mujer; luego, según una escenificación predeterminada las incitaba a desplegar ciertas condiciones para la excitación (alcohol, muchos juegos preliminares, que ella se masturbara delante de él, etc.). Siempre tendió a imponer que le hicieran sexo oral pues la penetración no le resultaba tan gratificante.

Sus relatos indican que él tiene conciencia de su necesidad de ejercer el control visual sobre el acto, lo que lo hace sentirse en una posición de dominio. Dice jocosamente: "Yo logro crear a la mujer ideal: sometida y sin hablar."

En cuanto a su historia infantil, recuerda que su madre que era maestra, lo "torturaba con el estudio". Lo sentaba todos los días a hacer los deberes con ella, y si los hacía mal o le había ido mal en el colegio (cosa que era lo habitual) lo castigaba pegándole con el mango de un plumero en la cara y en las manos. Lo obligaba también, a copiar capítulos de *Corazón* de Edmundo D'Amici. Al tiempo, comenzó a obligarlo a ir al baño antes de empezar los deberes, puesto que el paciente se orinaba sistemáticamente cada vez que ella le pegaba.

Relata un episodio que para él, cobró valor traumático. Aunque es detallista y tiene muchísima memoria, dice no poder recordar con precisión si fue una o dos veces que ocurrió, ni qué edad tenía, si eran nueve, diez u once años. Estaba jugando sobre la alfombra en la habitación de sus padres; ellos estaban acostados, su madre lo llamó, le tomó la mano y riéndose a carcajadas, lo obligó a tocar el pene erecto de su padre.

Respecto a su vida familiar, cuenta que en la actualidad tiene intensos conflictos con su esposa quien, en especial desde que nacieron los hijos, le reclama mayor presencia, que participe, que no se vaya, etc. El reconoce que en las situaciones familiares solamente "ponía el traje."

Se queja de que su esposa siempre le está exigiendo algo y de la excesiva participación de su suegra en la vida familiar.

Recién empieza a trabajar, a "tomar responsabilidad", a los treinta y seis años, cuando nace su primer hijo.

Su padre, si bien se recibió de escribano, nunca ejerció su profesión. El único que trabajaba era su abuelo paterno, médico, quien hizo fortuna y mantenía a todos (incluida una segunda casa, con otra mujer y un hijo). Su padre siempre le transmitió que estudiar y trabajar era perder el tiempo.

A pesar de su cambio en el plano laboral, el paciente seguía manteniendo, fuera del ámbito familiar, el estilo de vida que había iniciado en su adolescencia. Tomaba y comía abundantemente, ya que en su trabajo y con sus socios y amigos esto era rutina. Respecto de "su modo imparable de ser", dice: "veo una mina y me pongo loquito, me empieza a funcionar el muñeco, el Chirrolita."

Pero este modo de vida comienza a parecer atractivo a partir de cierto momento de su análisis en el que empieza a hablar, por primera vez, con su esposa. Antes la rechazaba violentamente cada vez que ella quería hablar acerca de sus ausencias, de sus llegadas tarde, de su constante infidelidad. Como consecuencia de estas conversaciones su vínculo con ella mejora. Paralelamente se produce un cambio notable en su vida sexual extramatrimonial al declinar el goce que allí tenía. Según su propia definición, todo se le empezó a presentar como algo "compulsivo."

Pero a consecuencia de estas conversaciones, su mujer le confiesa que le ha sido infiel en dos oportunidades, en momentos críticos en los que no obtenía de él ninguna gratificación. Esto lo conmueve y lo angustia profundamente. Dice: "Al lado de lo que yo le hice... lo de ella es un proto."

Sin embargo, empieza a tener desbordantes celos, rabias, y no puede evitar provocarla y agredirla verbalmente. No obstante, siguen hablando y reconsiderando la relación; y si bien

su esposa se muestra conforme con su mayor participación en el hogar, se le hacen intolerables esos ataques de ira. Ella se disculpa por su infidelidad y se angustia. Le dice que su confesión no fue para provocar sus celos sino que su intención era hacer un "blanqueo mutuo."

En ese período el paciente tiene un sueño: estaba con su hija y desde lejos veían entrar en un hotel a su esposa con un hombre joven.

Subjetiviza su rabia como "otra cosa" cuando una madrugada se despierta terriblemente angustiado, y sintiendo por dentro algo que le quemaba, un odio que no entendía qué era ni a qué correspondía. No sabía si quería pegarle a la mujer que dormía a su lado, o si era contra los hijos, o contra él mismo. Se levanta, camina desesperado y casi empieza a pegarle al perro con una escoba, con la intención de desahogarse. Relaciona este episodio, primero con los celos a la esposa, luego con el rechazo que siente hacia su suegra, y por último con el resentimiento que hasta la actualidad le sigue despertando su propia madre.

A los ocho meses de este proceso, la esposa propone separarse por no tolerar más sus cambios de humor. Un día antes de una interrupción del análisis por vacaciones, pide concurrir junto con ella, pues está desesperado ante la inminencia de su abandono. En la reunión ambos están con mucha angustia. En ese único encuentro él afirma que ella es su único amor y ella, por su parte, que ha decidido no abandonarlo.

Un tiempo después empieza a tener pesadillas. Sueña que una persona a su lado mata con una escopeta a varios amigos y luego a él con un tiro en el cuello; en otra ocasión, que un auto viejo se va rodando solo y voltea el portón de su casa; luego, que un tío político materno golpea la puerta de la casa y la voltea; finalmente, que a él, que se dice antisemita, lo persiguen los nazis o la policía.

Pero tiene un sueño, que no siendo angustioso, le impacta intensamente: va en un auto con una mujer que fue una de sus amantes durante varios años. Ella maneja rumbo a un hotel, pero él decide no ir y se baja. Luego ve que el auto arranca y ve a su padre sentado junto a la mujer. Deduce: si era mi padre, quiere decir que ella era mi madre.

En otro sueño una mujer está por hacerle la *fellatio*, pero son interrumpidos porque la esposa ingresa en la escena.

En ocasiones relató lo que llama: "actos imparables ligados a la idea de morir." Estos son: haber imaginado muchas veces hacer el amor, comer y beber hasta morir, como en la película *La gran comilona*; haber recorrido en automóvil muchas veces 600 km. a 180 km/h y, en el momento en que está llegando a destino, pensar: "Esta vez, tampoco me maté."

Piensa que sus ataques de ira, son actos agresivos contra la vida familiar que ahora es sentida como opuesta a la continuidad de "Vivir en el Faro".

Teme que el broche doloroso de su vida sea "terminar acabado" como su padre y manifiesta un sentimiento de culpa, al pensar que con sus actitudes ha producido angustia en sus seres queridos.

Caso 2: Fotos

Se trata de un paciente de cincuenta años, casado y con cuatro hijos.

En las entrevistas preliminares manifiesta que está cansado y tiene ganas de "patear el tablero", que dentro de su casa se aburre, que todo le resulta tedioso.

Acerca de su matrimonio dice una frase que insistirá a lo largo de su análisis: "Yo me casé con la razón y no con la pasión." Y agrega otra, que en la telaraña del tiempo no recuerda si es de él o de su padre: "Lo que hice como macho lo sostengo como hombre." Se refiere a la decisión de casarse con Cristina, su mujer, por haberla dejado embarazada. Comenta que lo hizo por su sentido de la obligación moral. "Tengo vocación de servicio por principios, pero no religiosos sino éticos."

Recuerda que en el velorio del padre de su novia, un tío de ésta le dijo: "Ahora vos sos el único hombre para estas dos mujeres que se han quedado solas en la vida."

Así, la suegra vive con ellos desde que se casaron y él considera que es una gran ayuda, ya que, a diferencia de su propia madre, es hiperactiva para atenderlo. De ésta, comenta que nunca le dio una imagen de madre; sin embargo, recorta

un rasgo de identificación cuando dice que a él le gusta lucirse como le gustaba a ella. Le encanta tener al lado una mujer que guste. "Me gusta llamar la atención, soy un eterno seductor, un esteta. Gozo por el sentido de la vista; tiene que ser todo una armonía y yo el centro. Me encanta varearme", aludiendo de esta manera, a la maniobra que se hace para mostrar a los caballos cuando se los lleva a la pista para pasárselos ante el espectador: se los varea. Comenta que muchas veces asistió a dicho espectáculo en el hipódromo, donde su padre trabajó hasta que falleció, teniendo cuarenta y nueve años. Ubica que a partir de ese momento la madre se liberó, teniendo un novio tras otro.

Recordaremos otros dichos del paciente: "Mi relación con Cristina es una relación de hijo a madre. Desde los quince años me refugié en ella. Es una relación de compañerismo y amistad que me da calma para vivir: en ella encuentro el remanso, la confianza, la tranquilidad, los valores y el reposo sereno. Le tengo absoluta confianza; sus equivocaciones las tolero como se toleran las falencias de una madre. Todos opinan de mi matrimonio: 'Vos sí que estás salvado. Ella es una santa'. Pero con Cristina no soy tierno ni cariñoso, la agredo constantemente."

"Siempre tuve ansiedad por saber cuáles eran los puntos vulnerables de las mujeres." "La negligencia, el no tener todo controlado, me saca."

"La pasión la busco afuera... A veces me ocurre que después de encamarme con una mina no puedo acercarme a mis hijos, tengo miedo de contagiarlos."

"Necesitaría tener celos de mi mujer, que no fuese tan sumisa conmigo, que me espere con un palo de amasar y no con su infinita tolerancia. Sin embargo, cuando ella empezó a analizarse, le pedí que no cambiara y que dejara su análisis."

"Si yo tuviese que casarme de nuevo, me casaría con la misma mujer. Ella sabe que yo siempre vuelvo y que nunca la voy a dejar. No puedo tenerle confianza a otra mujer. Soy desconfiado y pienso mucho en las infidelidades. Poder tener confianza en ella me da una tranquilidad absoluta. No soporto los celos ni la traición a los pactos; la lealtad es un valor supremo para mí."

Interrumpe el tratamiento en lo que parece un punto de aceptación de la conclusión que extrae de sus dichos: "Ella es como una madre para mí y está bien que así sea. La mujer puertas adentro, la otra puertas afuera. Seguramente seguiré teniendo aventuras sin consecuencias para el matrimonio."

Después de un año, me hace un inesperado y sorprendente llamado. Eran las tres de la mañana de un día de semana cuando sonó el teléfono en mi domicilio particular. Su voz estaba cargada de angustia y se percibía que se encontraba muy alcoholizado. Comenzó pidiéndome disculpas por el horario y diciendo que me llamaba para despedirse. Que estaba solo en el escritorio —ubicado distante del resto de la casa—, que tenía un revólver con él, y que iba a suicidarse porque su vida ya no tenía sentido. Traté de ofrecerle algún significativo que lo sacara de ese lugar. Transcurrieron casi tres horas. Cuando pudo calmarse, arreglé una cita en el consultorio para el día siguiente.

¿Qué había pasado? Relata la escena que sigue: era de noche, estaba con su mujer en la cama, sin experimentar ningún deseo hacia ella. En un momento ella le dijo: "Mañana me voy a acostar con X, tal como vos me pediste." El no le dio ninguna importancia a esta afirmación, no le creyó. A la mañana siguiente, en un intervalo de una reunión de trabajo, la llamó por teléfono para pedirle que hiciera un trámite bancario. Le respondieron que ella no estaba en la casa y preguntó a sus hijos si sabían dónde encontrarla, ya que: "como buena madre, siempre deja dicho los lugares donde ubicarla por si la necesitan." Cosa rara, nadie sabía.

En ese momento, recuerda la frase de la noche anterior. Abandona todos sus compromisos laborales y se va preso de angustia a buscarla a su casa. Mientras la estaba esperando, ella llega y le confirma que venía de tener relaciones sexuales con aquel hombre.

A partir de entonces, él entra en una pesadilla y el escenario conyugal cambia radicalmente: por un lado, surge un intenso deseo erótico por su esposa y por el otro, aparecen lo que él nombra como "los ramalazos".

Del lado del erotismo, lo asombra poder prescindir de cualquier otra mujer y lo sorprende cómo su esposa, que hasta

hace muy poco no le despertaba nada, ahora lo excita en todo momento, incluso fuera de la cama, hasta cuando están hablando de cualquier trivialidad doméstica, como la del monto de una factura de gas. Esto lo mueve a llevarla a la cama nuevamente.

No recuerda haberla deseado nunca como ahora. Dice que mira fotos de hace diez años en las que Cristina aparece vestida con un pareo y cree que por entonces, mientras él no valoraba su sensualidad, ella seguramente provocaría cosas a otros hombres.

Dice: "Mi imagen de Cristina siempre estuvo vinculada a los valores que ella me representaba, como la lealtad y la confianza cien por ciento. La veía como compañera y amiga. Me casé por esos valores que me daban la garantía de poder recorrer una vida junto a alguien, dejando racionalmente de lado esa pasión que buscaba en otras mujeres."

Pero junto a esto aparecen "los ramalazos", eso que le pasa cuando piensa lo que ella hizo con ese hombre que él mismo le señaló cuando se le pide que detalle qué es lo que despierta en él esos estados, dice: "Cristina fue programada por mí, pero las reacciones naturales la desequilibraron de su auto-control. La sorpresa se la llevó cuando el tipo le hizo sexo oral."

Cuando se le marca que en todo esto tan controlado, quizá el sorprendido haya sido él, confiesa que no cesa de preguntarse cómo ella pudo hacerle esto. Pero su mayor queja se refiere a que, además, eso a ella le haya gustado, enfatizando el malestar que le produce la existencia de un segundo orgasmo, que no figuraba en sus fantasías.

Ahí sitúa "sus ramalazos", porque piensa que ella debería haber concluido el episodio después del primero pero se quedó para un segundo; por lo tanto deduce que ella también lo gozó. "Seguramente primero con reticencias, pero después le gustó". Le dice: "Si te hubieras quedado para uno, era por mí, como lo habíamos fantaseado, pero el segundo te quedaste por vos."

Razona que no puede culparla pues fue él quien la instó a hacer algo que no estaba en su esencia; pero que, una vez descubierta su propia sexualidad, ella ya no quería resignarla.

Dice que aunque este cambio le brinda aquello que todo hombre aspira a tener, es decir, "la puta en casa", quizá esto sea demasiado para él, porque no lo tolera. Ve en Cristina alguien que ya no es confiable, que ya no es predecible. Se ha fracturado el pacto de lealtad. Ahora vive en la incertidumbre. Esto le produce un enorme odio hacia ella y piensa que la única solución es la separación.

Al haber perdido esa garantía de confianza que tenía en su esposa, fantasea encontrar "una secretaria yuppie, feona, con valores morales y virgen, similar a la Cristina de antes", como modo de recuperar algo de la paz que tenía.

Para concluir, mencionaré otro momento del análisis que se resume en un episodio reciente.

Ella pide acompañarlo a un viaje a Europa por trabajo y él se niega. Estando en la puerta de embarque, con un pie en el avión, le dice: "Cuando llegues a casa, andá al escritorio. Ahí vas a encontrar dos cartas para vos; abrí y leé el sobre que tiene el N° 1". El texto con el cual ella se encontraría, decía algo así: "No te llevo a Europa porque en Bruselas me voy a encontrar con la mujer de la que estoy enamorado. Si querés saber quién es, abrí el segundo sobre." Al hacerlo, se encuentra con una reserva de hotel y un pasaje de avión a su nombre, con destino a Bruselas.

Una última reflexión del paciente: "Cuando la miro estoy viendo otra mujer. Me excita, me da ganas de hacerle el amor. Miro viejos álbumes de fotos y la descubro como nunca antes la había visto."

COMENTARIO

Tenemos entonces, dos sujetos —que, como se señaló en la introducción y habrán apreciado en los recortes que los analistas hicieron del material—, se presentan sin síntomas en sentido analítico, con una cierta exacerbación de la posición masculina elevada casi a rasgo de carácter, del lado del ser; del goce, en su vertiente fálico-pulsional.

Uno lo expresa como: "loquito, muñeco, Chirilita", al referirse a la actitud con la que aborda a una mujer. No puede